



podía entender entonces como se me robaba tan cruelmente mi querida abuela y consagrada madre de crianza. No me acostumbraba a la idea de que ese día mis ojos se posarían por última vez en sus formas amadas. Había pena en mi corazón. Quizás un poco de rebeldía también e inconformidad por la pérdida. La confusión y el sentido de inseguridad me circundaban. Mi corazón estaba lleno de todo esto, pero vacío de esperanza.

Sumido en estas emociones deprimentes al lado de su tumba abierta, oí al predicador del evangelio citar lo que Cristo dijo a una familia hace varios siglos. Esta familia lloraba también frente a la tumba de un ser muy querido por ellos: Lázaro de Betania. Las palabras de Cristo cautivaron poderosamente mi atención y repercutieron en mi interior con fuerza nueva: **"Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque este muerto, vivirá"**.

¿Resurrección?

¿Vida?

¡Todo lo contrario a lo que palpaba en carne viva! El contraste de esta promesa de Cristo con la realidad que vivía en esos momentos trajo un rayo de esperanza a mi corazón. Hubo un choque brusco entre la tesis tristeza y muerte y la antítesis vida y resurrección. ¡La luz del evangelio empezaba a penetrar las tinieblas de mi corazón! ¡Se entablaba una lucha tenaz entre la poderosa Palabra de Dios y mi alma oscura!

De vuelta a casa, surcaba por mi mente a intervalos repetidos la expresión de Cristo a Marta: **"Yo soy la resurrección y la vida"**. Inconscientemente mis labios empezaron a repetir audiblemente esta frase exteriorizando así la idea que quemaba mi mente.

Decidí investigar más profundamente el significado de esta frase. Me dirigí al Templo Bíblico. El Templo Bíblico fue el hogar espiritual de mi abuela cuando vivía en este mundo. Buscaba satisfacer la tremenda curiosidad que las palabras de Cristo despertaban

podía entender entonces como se me robaba tan cruelmente mi querida abuela y consagrada madre de crianza. No me acostumbraba a la idea de que ese día mis ojos se posarían por última vez en sus formas amadas. Había pena en mi corazón. Quizás un poco de rebeldía también e inconformidad por la pérdida. La confusión y el sentido de inseguridad me circundaban. Mi corazón estaba lleno de todo esto, pero vacío de esperanza.

Sumido en estas emociones deprimentes al lado de su tumba abierta, oí al predicador del evangelio citar lo que Cristo dijo a una familia hace varios siglos. Esta familia lloraba también frente a la tumba de un ser muy querido por ellos: Lázaro de Betania. Las palabras de Cristo cautivaron poderosamente mi atención y repercutieron en mi interior con fuerza nueva: **"Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque este muerto, vivirá"**.

¿Resurrección?

¿Vida?

¡Todo lo contrario a lo que palpaba en carne viva! El contraste de esta promesa de Cristo con la realidad que vivía en esos momentos trajo un rayo de esperanza a mi corazón. Hubo un choque brusco entre la tesis tristeza y muerte y la antítesis vida y resurrección. ¡La luz del evangelio empezaba a penetrar las tinieblas de mi corazón! ¡Se entablaba una lucha tenaz entre la poderosa Palabra de Dios y mi alma oscura!

De vuelta a casa, surcaba por mi mente a intervalos repetidos la expresión de Cristo a Marta: **"Yo soy la resurrección y la vida"**. Inconscientemente mis labios empezaron a repetir audiblemente esta frase exteriorizando así la idea que quemaba mi mente.

Decidí investigar más profundamente el significado de esta frase. Me dirigí al Templo Bíblico. El Templo Bíblico fue el hogar espiritual de mi abuela cuando vivía en este mundo. Buscaba satisfacer la tremenda curiosidad que las palabras de Cristo despertaban

ron en mi interior. En mi segunda visita a aquel lugar, escuche un mensaje por el mismo predicador que había hablado en el cementerio. En el transcurso de su prédica presentó el pecado como un hecho que merece el más severo castigo. Mencionó la provisión que Dios había hecho en Cristo Jesús cuando este murió crucificado por el pecado de los hombres. Dijo que era necesario recibir a Cristo para ingresar como hijos en la familia de Dios.

Una columna de cemento me es testigo de las veces que tras ella oculté mi rostro en vergüenza a medida que el predicador exponía mi vida pecaminosa como si la conociera al dedillo. Al terminar la predica la congregación canto un himno que evoca la invitación de Cristo al pecador:

**He aquí que a la puerta estoy,**

**Quiero en tu corazón morar.**

**Mi voz escucha, pecador,**

**¿Podré yo entrar?**

**¿Podré yo entrar?**

El Espíritu Santo, habiéndome convencido de pecado de justicia y de juicio me guió a pedirle a Cristo, en el mismo lugar donde estaba sentado, que entrara en mi corazón y lo limpiara con su purísima sangre. ¡El vino a mi corazón! Cumplió en mí su promesa de **"Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo"** (Apocalipsis 3:20). ¡Maravillosa experiencia!

En ese instante empezó una nueva ruta para el barco de mi vida. Antes de esta experiencia mi embarcación navegaba a la deriva con rumbo incierto. Ahora, enfilaba seguro rumbo al puerto. Llevaba en su interior una preciosa carga de paz, gozo, esperanza, y satisfacción. El mundo con sus múltiples atracciones, placeres y

ron en mi interior. En mi segunda visita a aquel lugar, escuche un mensaje por el mismo predicador que había hablado en el cementerio. En el transcurso de su prédica presentó el pecado como un hecho que merece el más severo castigo. Mencionó la provisión que Dios había hecho en Cristo Jesús cuando este murió crucificado por el pecado de los hombres. Dijo que era necesario recibir a Cristo para ingresar como hijos en la familia de Dios.

Una columna de cemento me es testigo de las veces que tras ella oculté mi rostro en vergüenza a medida que el predicador exponía mi vida pecaminosa como si la conociera al dedillo. Al terminar la predica la congregación canto un himno que evoca la invitación de Cristo al pecador:

**He aquí que a la puerta estoy,**

**Quiero en tu corazón morar.**

**Mi voz escucha, pecador,**

**¿Podré yo entrar?**

**¿Podré yo entrar?**

El Espíritu Santo, habiéndome convencido de pecado de justicia y de juicio me guió a pedirle a Cristo, en el mismo lugar donde estaba sentado, que entrara en mi corazón y lo limpiara con su purísima sangre. ¡El vino a mi corazón! Cumplió en mí su promesa de **"Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo"** (Apocalipsis 3:20). ¡Maravillosa experiencia!

En ese instante empezó una nueva ruta para el barco de mi vida. Antes de esta experiencia mi embarcación navegaba a la deriva con rumbo incierto. Ahora, enfilaba seguro rumbo al puerto. Llevaba en su interior una preciosa carga de paz, gozo, esperanza, y satisfacción. El mundo con sus múltiples atracciones, placeres y